

pero por la Historia eclesiástica sabemos que los monasterios de la Tebaida nunca fueron de tanta extension. Lo mas probable es que los monasterios eran, como en el dia, unos grandes edificios divididos en salas, capillas, claustros, dormitorios y celdas para cada monje; pero que las *lauras* eran una especie de aldeas ó lugarejos en que cada monje, ó á la mas cada dos, tenian su casita ó cabaña. Así los conventos de los cartujos de nuestros dias parecen representar las *lauras*, y los de los demás monjes corresponden con propiedad á los antiguos monasterios.

Los diferentes cuarteles de la ciudad de Alejandria se llamaron en otro tiempo *lauras*; pero despues de la institucion de los monjes, se limitó esta palabra á significar los lugarejos que ocupaban sus comunidades. Los monjes solo se reunian una vez á la semana para asistir al servicio de Dios, y edificarse mutuamente. Lo que al principio se llamó *laura* en las ciudades, se llamó despues *parroquia*.

**Lavabo ó lavatorio de los dedos.** Ceremonia del sacerdote en la misa: se lava los dedos al lado de la epistola, rezando muchos versiculos del salmo 23, que principia por estas palabras: *Lavabo inter innocentes manus meas*. En el siglo IV, S. Cirilo de Jerusalem, *Catech. Mystag.* 5, y el autor de las *Constituciones Apostólicas*, l. 2, c. 8, n. 11, observan que esta accion de lavarse las manos es un simbolo de la pureza de alma con que los sacerdotes deben llegar á la celebracion del santo sacrificio.

En el P. Le Brun, *Explicac. de las cerem. de la misa*, t. 2, p. 343, se puede ver que hay variedad, respecto al tiempo de esta accion. Segun el rito romano, se hace inmediatamente antes de la oblacion: en las Iglesias de Francia y Alemania, inmediatamente despues de la oblacion, y algunas hay en que suele hacerse antes y despues. Véanse las *Notas del P. Menard sobre el Sacramentario de S. Gregorio*, p. 370 y 371.

**Lavatorio de los piés.** Costumbre que practicaban los antiguos con sus huéspedes, y que llegó á ser una ceremonia piadosa del cristianismo.

Los orientales lavaban los piés á los extranjeros que llegaban de un viaje, porque regularmente se andaba entonces con las piernas desnudas, y los piés guarnecidos solo de sandalias. Así hizo Abraham lavar los piés á los tres ángeles que recibió en su casa. *Génes.*, xviii, 4. Lo mismo se hizo con Eliezer y los que le acompañaban, cuando

llegaron á casa de Laban, y con los hermanos de José en Egipto. *Génes.*, xxiv, 32; xliii, 24. Este oficio le ejercian ordinariamente los siervos y esclavos. Abigail manifiesta á David que se tendria por dichosa en lavar los piés á los siervos de este monarca. *1 de los Reyes*, xxv, 41. Jesus, convidado á comer en casa del fariseo Simon, le reconviene por haber faltado á este deber de política. *S. Lucas*, *Evang.*, vii, 44.

El mismo Jesucristo, despues de haber celebrado con sus apóstoles la última cena, quiso darles una leccion de humildad lavándoles los piés, y esta accion se hizo despues un acto de piedad. Lo que dijo el Salvador á S. Pedro en aquella ocasion: *Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo*, hizo creer á muchos de los antiguos que el lavatorio de los piés tenia efectos espirituales y podia borrar los pecados. S. Ambrosio, *l. de Myst.*, c. 6, asegura que en su tiempo se lavaban los piés á los nuevos bautizados al salir del baño sagrado, y parece que se inclina á que así como el bautismo quita los pecados actuales, el *lavatorio de los piés* quitaba el pecado original, ó por lo menos disminuía la concupiscencia; esta opinion es particular de este santo doctor.

Esta costumbre no solo se usaba en la iglesia de Milan, sino tambien en otras iglesias de Italia, de las Galias, de España y del Africa. El concilio de Elvira la suprimió en España con motivo de la confianza supersticiosa que ponian los pueblos en este *lavatorio*; parece que en otras iglesias fué tambien abolida, en proporcion que cesó la costumbre de dar el bautismo por inmersion. Algunos antiguos le dieron el nombre de *sacramento*, y le atribuyeron el poder de perdonar los pecados veniales: tal es el sentir de S. Bernardo, y lo mismo piensa san Agustin. Sin embargo, este último santo Padre, en la *Epist. 119 ad Januar.*, observa que muchos se abstendian de esta práctica, temiendo que se presumiese que era una parte del bautismo. Un autor antiguo, cuyos sermones andan en el apéndice del tomo 5º de las obras de este santo doctor, sostiene que el *lavatorio de los piés* puede perdonar los pecados mortales: esta opinion carece de fundamento, así en la Escritura como en la tradicion. En cuanto al nombre de *sacramento*, que algunos le atribuyeron, parece que solo entendian por la palabra *sacramentos* el signo de una cosa sagrada, es decir, de la humildad cristiana; pero que Jesucristo no ligó á este signo la gracia santificante como á los demás sacramentos.

Es preciso, sin embargo, confesar que la tradicion y creencia de la Iglesia es en este punto la única regla para distinguir esta ceremonia de lo que es verdadero *sacramento*; mas no vemos por qué los protestantes, que se atienen á la Escritura, rehusan poner el *lavatorio de los piés* en el número de los sacramentos. Ninguna de las condiciones que ellos exigen le falta para verdadero *sacramento*; es un signo muy propio para representar la gracia que nos purifica de nuestros pecados: Jesucristo parece haberle ligado la facultad de conceder esta gracia, cuando dijo á S. Pedro: *Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo*; manda á sus discípulos que á su ejemplo practiquen esta ceremonia. *Evang. de S. Juan*, iii, 14. ¿Qué es lo que le falta?

Esta ceremonia se usa el Juéves Santo entre los sirios y los griegos, lo mismo que en la Iglesia latina. En Roma, el papa, seguido del sacro colegio, se presenta en una sala de su palacio destinada á esta ceremonia, toma una estola morada, una capa encarnada y una mitra sencilla, y los cardenales se ponen una capa morada. Pone incienso en el incensario, y da la bendicion al cardenal diácono, que debe cantar el Evangelio *Ante diem festum paschæ*, etc., *S. Juan*, c. 13, que se reduce á la historia de esta misma accion hecha por Jesucristo. Despues del Evangelio se da el libro á besar; el cardenal diácono le inciensa. Entonces un coro de músicos entona la antífona ó responsorio *Mandatum novum do vobis*, etc. El papa se quita la capa, se pone un delantal, lava los piés á doce pobres sacerdotes extranjeros que se sientan en un sitial colocado sobre una alfombra, vestidos con un hábito de camelote blanco, con una especie de capirucho muy ancho. Su tesoro les distribuye á cada uno una medalla de oro y otra de plata del peso de una onza. El mayordomo entrega á cada uno una servilleta, con la cual les enjuga los piés el decano de los cardenales. El papa vuelve á su sitial, y despues de lavarse las manos, se pone la capa y la mitra, y dice la oracion dominical y otras preces. En seguida se despoja de sus vestidos pontificales, y vuelve á su cámara con el mismo acompañamiento. Los doce pobres son conducidos á otra sala del Vaticano, donde se les sirve la comida. El papa viene á presentar á cada uno de ellos el primer plato, y les echa el primer vaso de vino, les habla con afabilidad, les concede indulgencias, y se retira. Mientras dura el resto del convite, el predicador ordinario del papa predica un sermón alusivo á las circunstancias, y acaba la ceremonia con la co-

mida que da el santo padre á los cardenales.

Los emperadores de Constantinopla celebraban la misma ceremonia en su palacio antes de la misa. Véanse las *Notas del P. Menard sobre el sacramentario de S. Gregorio*, p. 97. En el artículo CENA, hemos referido el modo con que los reyes de Francia celebran esta ceremonia.

**Lazaristas.** Se dió este nombre generalmente á los sacerdotes de la congregacion de la mision, porque ocupan en Paris el convento de *S. Lazaro*. Esta congregacion fué instituida por S. Vicente de Paul en el año 1617, y confirmada por los papas Alejandro VII y Clemente X. Su destino es trabajar en la instruccion de los pueblos de aldea, y en la administracion de las parroquias, formar jóvenes eclesiásticos para las funciones de su estado, hacer misiones en países infieles, y ocuparse en el auxilio y rescate de los cautivos en las costas de Berberia. La utilidad de sus trabajos hizo que esta institucion se multiplicase rápidamente en los diversos estados de Europa; actualmente están encargados de las misiones que los jesuitas habian establecido en las escalas de Levante, igualmente que en Goa y en Pekin.

**Lázaro.** Uno de los milagros mas brillantes que hizo Jesucristo fué la resurreccion de *Lázaro*. Los incrédulos se esforzaron en hacerla dudosa; pero la narracion del evangelista que la refiere, presenta unos caracteres de verdad tan visibles, que no es posible oscurecerlos: cualquiera que los examinare sin prevencion, se convencerá de que no tuvieron ninguna parte en ella la casualidad, el error, el fraude, ni la impostura. *Evangelio de S. Juan*, xi, 12.

1º *Lázaro* era un hombre rico y de consideracion entre los judíos: esto se prueba por el modo con que habla de él el Evangelio, por la cantidad de perfumes que gastó su hermana para honrar á Jesucristo, por el modo con que le embalsamaron despues de su muerte, por la atencion de los principales judíos de Jerusalem, que vinieron á consolar á Marta y á Maria por la muerte de su hermano. ¿Un hombre de esta condicion hubiera querido deshonorarse y hacerse odioso á su nacion por un fraude concertado con Jesucristo? ¿De este fraude qué podia esperar, ni qué debia temer? Hubiera sido preciso que entrasen en el complot las dos hermanas de *Lázaro*, sus domésticos y sus criados. ¿Cómo era posible fingir la enfermedad, la muerte, los funerales y el embalsamamiento de un hombre de consideracion á media legua de Jerusalem, sin peligro de ser descubierto?

2º El temor de que se resintiesen los judíos debía ser un obstáculo para los cómplices del fraude: había una excomunion fulminada por el consejo de los judíos contra todos los que reconociesen á Jesus por el Mesías; sus enemigos habian tratado ya de prenderle. El haber intentado un engaño en semejantes circunstancias, hubiera sido acelerar la pérdida de Jesucristo, y envolverse con él en una ruina infalible. ¿Se hubiera atrevido el mismo Jesucristo á proponer siquiera semejante fraude á una familia que le manifestaba el mayor aprecio, y cuya amistad podia serle útil? Es preciso obstinarse como los incrédulos en pintar á Jesucristo como un fanático imbecil é imprudente, ó como un embaucador bastante diestro para engañar á toda la Judea: estos dos caracteres no pueden concordarse fácilmente, ni pueden atribuirse á *Lázaro*.

3º Jesus no estaba en Betania cuando *Lázaro* cayó enfermo, murió y fué sepultado: estaba en Betharaba, al otro lado del Jordan, y distante de Betania mas de doce leguas: le enviaron un mensajero para participárselo; pasaron por lo menos cinco dias desde la salida de este mensajero hasta la llegada de Jesucristo, quien no quiso manifestar que se apresuraba por este motivo. Si hubiese habido fraude, seria preciso suponer que *Lázaro* y sus cómplices habian tomado sobre sí toda la odiosidad de la trama, y ofrecido á Jesucristo un pretexto muy aparente para disculparse, alegando su ausencia, y que habia sido engañado.

4º El dolor de sus dos hermanas tenia todas las señales de sinceridad: los judíos que vinieron de Jerusalem piensan que María, cuando salió á recibir á Jesus, iba á llorar á su hermano al sepulcro. El discurso que ellas dirigen sucesivamente á Jesus, las lágrimas de María, la respuesta que da el Señor á las dos hermanas, y el asombro de los circunstantes que dicen: *Este hombre que curó á un ciego de nacimiento ¿no podia impedir la muerte de su amigo?* Todo anuncia sinceridad y buena fe.

5º A presencia de las dos hermanas, de los judíos de Jerusalem y de sus discipulos, hace Jesus que le conduzcan á la caverna en que fué sepultado *Lázaro*; no se buscan tantos testigos para representar una impostura. Manda quitar la piedra que cerraba el sepulcro: Señor, le dice María, *huele ya mal, porque hace cuatro dias que está en el sepulcro*. Esta circunstancia se repite dos veces. Jesus levanta los ojos al cielo, invoca á su Eterno Padre, llama á *Lázaro*, y le manda que salga

fuera del sepulcro. El muerto se levanta, se le quitan las ligaduras sepulcrales, y está lleno de vida. Muchos judíos testigos de este prodigio creyeron en Jesucristo. Una narracion tan natural y tan circunstanciada no pudo ser una obra de la imaginacion.

6º La costumbre de los judíos de enterrar los muertos en cavernas no se puede dudar, y venia ya de los patriarcas: tambien vemos en la Judea muchos de estos sepulcros antiguos, y se sabe que los judíos habian cambiado bien poco respecto al modo de embalsamar de los egipcios. Empapaban con bálsamo y aromas los cuerpos de los difuntos. Nicodémus gastó cerca de cien libras de mirra y aloe para embalsamar el cuerpo de Jesucristo, *segun la costumbre de los judíos*. Cuando María derramó perfumes sobre Jesus, le dijo, *que le hacia los honores del sepulcro*. Despues de haber salpicado con estas drogas y desecantes todos los miembros del muerto, le ligaban con cintas empapadas en las mismas drogas, rodeando del mismo modo la cabeza, y cubriéndola con un lienzo que llamaban sudario. Así habia sido sepultado *Lázaro*: lo hace notar el Evangelista hablando de las cintas con que estaban ligadas sus manos y sus piés, y del sudario que tenia sobre su cabeza.

Si *Lázaro* no hubiera muerto, le hubiera sido imposible permanecer tan ligado tantas horas, con el rostro cubierto de drogas, y en un sepulcro cerrado por una gran piedra sin haberse ahogado; y si no hubiese sido sepultado de este modo, como se hacia con los muertos de su clase, los judíos que estuvieron presentes á su resurreccion no se hubieran sorprendido, ni se dejarían engañar por una falsa sepultura; hubieran mas bien acusado á Jesus, á *Lázaro* y á sus hermanas, como reos de impostura.

7º Se dice que muchos creyeron en Jesucristo, y que los demás se apresuraron á avisar á los judíos lo que habia pasado. Estos deliberan en su consejo sobre el partido que debía tomarse. « ¿Qué haremos? dicen. Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos continuar, todo el mundo creará en él: los romanos vendrán á destruir nuestra ciudad y nuestra nacion. » Toman al fin la resolucion de hacer morir á Jesucristo. Muchos vinieron de intento á Betania por ver á *Lázaro* resucitado. La fama de este milagro llegó á Jerusalem, y proporcionó á Jesus el triunfo de la entrada, que verificó algunos dias antes de la Pascua. Los judíos, enfurecidos con este triunfo, resolvieron matar tambien á *Lázaro*, porque su resurreccion au-

mentaba el número de los partidarios de Jesus.

Así que las circunstancias anteriores á este milagro, el modo con que se verificó y los efectos que produjo, concurren á la demostracion de su realidad. Esto debieran haber reflexionado los incrédulos antes de formar las disertaciones que escribieron con ánimo de hacerle dudoso.

Se dirá, como algunos, que toda esta historia es falsa, y que S. Juan la forjó en un tiempo en que no habia testigos oculares ni contemporáneos que pudiesen contradecirle. Nosotros no insistiremos en el carácter personal de S. Juan, en su edad venerable, en el tono y aire de candor que reina en todos sus escritos, ni en la inutilidad de esta fábula para el establecimiento del Evangelio; pero ¿cómo un viejo centenario, un escritor judío á quien los incrédulos no atribuyen nunca un talento sublime, pudo inventar una narracion, tan sencilla y circunstanciada, en que nada se desmiente, y todo contribuye á persuadir la verdad, si no hubiera sido él mismo testigo ocular del hecho, y del modo con que sucedió? Con toda la malignidad y sutileza de su critica, no pudieron los incrédulos descubrir en esta narracion la mas mínima señal de impostura.

Igualmente es falso que cuando S. Juan escribió su Evangelio, ya no habia testigos oculares. Cuadrato, discípulo de los apóstoles, asegura que muchas personas milagrosamente curadas ó resucitadas por Jesucristo, vivian aun en el tiempo en que él escribía. Este autor escribió en tiempo del emperador Adriano hácia el año 120 de Jesucristo; por consiguiente, mucho despues de la muerte de S. Juan Evangelista. Eusebio, *Hist., lib. 4, cap. 3*. Por lo mismo, este evangelista estaba rodeado de testigos oculares ó contemporáneos, y de personas que podian saber la verdad por boca de estos testigos.

La resurreccion de *Lázaro* no era tampoco un hecho oscuro que pudiese inventar este evangelista sin ninguna consecuencia: él manifiesta que este prodigio habia hecho mucho ruido en la Judea, que por una parte habia aumentado el número de los partidarios de Jesucristo, y que por otra habia inflamado el furor de sus enemigos, haciéndoles tomar la resolucion de matarle. Por lo mismo, no podia publicarse falsamente sin exponerse á contradicciones, y esta imprudencia hubiera sido mucho mas grosera, por cuanto los demás evangelistas guardaron el mas profundo silencio sobre semejante resurreccion. Era, pues, necesario suponer que S. Juan fué por una parte un embaucador muy dies-

tro, capaz de forjar la narracion mas propia para seducir; y por otra, que fué un impostor estúpido, que no vió el peligro á que se exponia de perjudicar su causa cuando queria favorecerla.

El silencio de los demás evangelistas es cabalmente lo que inspira sospechas á otros críticos. Es evidente, dicen, que en materia de resurrecciones, estos historiadores las fueron aumentando y encareciendo una sobre otra: S. Mateo y S. Marcos solo hablaron de la hija de Jairo, que acababa de espirar; S. Lucas añade la del hijo de la viuda de Naim, á quien llevaban á enterrar; y esto era mas admirable; S. Juan, para añadir alguna, refiere la de *Lázaro* muerto y enterrado cuatro dias antes, y ya fétido: esta progresion en lo maravilloso tiene aire de fábula y de deseo de engañar. Ningun escritor judío habla de este milagro, ni se hace mencion de él en los monumentos públicos.

Nosotros sostenemos que es falso que este Evangelista trató de aumentar lo maravilloso en los milagros de Jesucristo, porque pasó en silencio las dos primeras resurrecciones que refieren los otros evangelistas, y la trasfiguracion del Señor que habia visto con sus ojos. Este prodigio era por lo menos tan digno de excitar la admiracion, como la resurreccion de *Lázaro*. El que lea su Evangelio verá que su designio principal fué el referir los discursos y las acciones de Jesucristo, que no mencionaron los otros evangelistas: por eso es tambien el único que refiere el milagro de las bodas de Canaan. Pero declara al fin del Evangelio que Jesus hizo otros muchos milagros que él no refiere; y la narracion de Cuadrato prueba que efectivamente Jesucristo habia hecho mas resurrecciones que las que refieren los evangelistas.

Claro está que ninguno de los cuatro evangelistas se propuso formar una historia completa de los milagros, discursos y acciones de Jesucristo: los tres primeros casi nada dicen de los que hizo desde la fiesta de los tabernáculos, que era en el mes de octubre hasta la pascua siguiente, y es indudable que cuando resucitó á *Lázaro* fué en este intervalo.

En los *Sepher Tholdoth Jesu*, confiesan los judíos que resucitó muertos: ¿no basta por parte de ellos una confesion como esta? Es un absurdo exigir que escribiesen el pormenor de estos milagros: en este caso harian mas inexcusable su incredulidad, y se hubieran cubierto de ignominia. Pero los enemigos del cristianismo no temen hacerse tan ridiculos como los judíos. Porque les parece que el

historiador Josefo habla con demasiada claridad de los milagros y de la resurreccion de Jesucristo, refutan como falso su testimonio: esta confesion, dicen, es demasiado expresa para un judio, y si se les alegan otros que no están tan claros, no hacen ningun caso de ellos: dicen que no están bastante expresos; ¿cómo, pues, deberán ser las confesiones de los judios para que se convenzan los incrédulos modernos.

Sería preciso, dicen, que los judios, pretendidos testigos de la resurreccion, hubiesen visto á Lázaro enfermo, muerto, embalsamado, oliendo á corrupcion, y finalmente, que hubiesen conversado con él, despues que salió del sepulcro.

¿Quién les dijo que no habia sucedido así? El Evangelio nos da márgen para presumir todo lo que ellos exigen. En efecto, los judios que fueron de Jerusalem á Betania para consolar á Marta y á María, eran amigos de Lázaro: ellos le habian visto enfermo, y asistieron á sus funerales, porque Jerusalem distaba de Betania media legua escasa. Cuando Jesus hizo que levantasen la piedra del sepulcro á su presencia, vieron á Lázaro muerto y embalsamado; por consiguiente pudieron respirar el olor de su corrupcion. Le vieron salir del sepulcro á la voz de Jesucristo, y pudieron conversar con él en aquel mismo momento: algunos de ellos fueron como testigos oculares á referir estos hechos á los jefes de su nacion.

Aun cuando tuviéramos por escrito su propio testimonio, ¿de qué nos serviría contra los incrédulos? O estos testigos creyeron en Jesucristo, ó no creyeron. Si creyeron, su testimonio se hace sospechoso como el de los apóstoles, que son tambien judios convertidos. Si no creyeron, veremos de nuevo en la escena el argumento ordinario de los incrédulos: es imposible, dirán, que unos hombres racionales viesen un milagro como este sin creer en Jesucristo.

Tambien nos oponen el siguiente argumento: si este milagro, dicen, fuese indudable, no es posible que los judios se hubiesen enfurecido hasta el extremo de querer matar á Lázaro y á Jesucristo para evitar las consecuencias del prodigio: mas natural es creer que tuvieron á ambos á dos por reos de impostura.

Tal es el empeño de nuestros adversarios: quieren mas pensar que Jesucristo, sus discípulos, Lázaro, sus hermanas, sus criados y domésticos, y sus amigos, fueron unos tramposos é insensatos, que engañaban sin motivo y con riesgo de su vida, que confe-

sar que los judios eran unos furiosos. Pero el mismo Josefo los pinta como tales, y lo demuestra muy bien la conducta que observaron despues de la resurreccion de Jesucristo; y despues de mil ochocientos años aun conserva este mismo carácter su posteridad. ¿Podemos calificar con las mismas señales la conducta de Jesus y de sus discípulos? La misma terquedad de los incrédulos nos hace ver hasta dónde pudo llegar la de los judios, y lo que produce una pasion en los hombres cuando se entregan á ella ciegamente.

**Leccion.** Modo de leer. En la Biblia, en las obras de los santos PP. y de los autores eclesiásticos, las diferentes *lecciones* ó *variantes* son las distintas palabras en que se tradujo el texto de un mismo autor en diferentes manuscritos antiguos: esta diversidad proviene regularmente de la alteracion que en ellos causa el tiempo, ó de la falta de cuidado en los copiantes.

Las versiones de la Sagrada Escritura tienen regularmente *lecciones* distintas del texto hebreo, y los diversos manuscritos de estas versiones presentan muchas veces *lecciones* diferentes entre sí. El gran negocio de los críticos y de los editores es determinar cuál de las *lecciones* es la mejor, lo cual se hace confrontándolas en sus muchos manuscritos ó impresos, y prefiriendo la que hace un sentido mas conforme á lo que parece que quiso decir el autor, ó que se halla en los manuscritos ó impresiones mas correctas. Véase **VARIANTES.**

**LECCION.** Lo que se debe leer. En términos de breviarío, son unos trozos sacados de la Sagrada Escritura, de los santos PP., ó de los autores eclesiásticos, que se leen á májines. Suele haber en el rezo de májines nueve *lecciones* ó tres, y las capitulas son tambien *lecciones* abreviadas.

Se llaman tambien *lecciones de teologia* lo que un profesor de esta ciencia enseña á sus discípulos, y cada sesion que emplea en este oficio. Finalmente, la palabra *leccion* significa algunas veces lo mismo que instruccion: en este sentido decimos que el Evangelio nos da *lecciones* excelentes.

**Lectuarios.** Clérigos que en la Iglesia griega estaban encargados de conducir los cadáveres en unas andas llamadas *lectum* ó *lectica*, y de enterrarlos; tambien se llamaban *copiatas* y *deanes*. Véase **FUNERALES.**

**Lector.** Clérigo que tiene uno de los cuatro órdenes menores. Antiguamente eran jóvenes que se ordenaban para entrar despues en el clero; servian de secretarios á

los obispos y presbíteros, y se instruian leyendo y escribiendo bajo su direccion; se elegia á los que parecian mas propios para el estudio y que daban esperanzas de poder ser elevados despues al sacerdocio: sin embargo, muchos permanecian toda su vida en la clase de *lectores*.

Los mas de los sabios piensan que la funcion de *lectores* no se estableció hasta el siglo III, y que el primero que habla de este oficio es Tertuliano. Para probar que este orden es mas antiguo, cita el Padre Menard la carta de S. Ignacio á los fieles de Antioquia, c. 12; pero esta carta es supuesta. El oficio de *lectores* fué siempre necesario en la Iglesia, porque siempre se leyeron en ella las escrituras del antiguo y nuevo Testamento, ya en la misa, ya en el oficio nocturno. Se leian tambien las actas de los mártires, las cartas y pastorales de los obispos, y las homilias de los santos PP. como se leen ahora: era natural preferir para esta funcion á los que tenían una voz mas sonora, un eco mas agradable y una pronunciacion mas clara que los otros. Bingham observa que se permitia en la Iglesia de Alejandria leer en público la sagrada Escritura, no solo á los legos, sino tambien á los catecúmenos, aunque no parece que se permitia en las otras Iglesias; piensa que cumplian este deber los diáconos, los sacerdotes y algunas veces los obispos: puede que fuese así, pero no está probado que se prohibiese este oficio á los legos capaces de desempeñarle. *Orig. ecles.*, l. 3, c. 5, t. 2, pág. 29.

Los *lectores* estaban encargados del cuidado de los libros de la sagrada Escritura, y este cargo los inquietaba mucho, exponiéndolos á muchos peligros en las persecuciones. La fórmula de su ordenacion manifiesta que debian leer por el que predica, cantar las *lecciones*, bendicir el pan y los nuevos frutos. El obispo los exhorta á que lean con fidelidad y practiquen lo que leen, y los coloca entre los que administran la palabra de Dios. Como les pertenecia leer la Epístola y el Evangelio, S. Cipriano juzgaba que este oficio de nadie era mas propio que de los confesores, que habian padecido por la fe, *Epíst.* 33 y 34, porque habian confirmado con su ejemplo las verdades que se leian al pueblo.

En la Iglesia griega ordenaban á los *lectores* con la imposicion de manos; pero esta ceremonia no se usaba en la Iglesia latina. El concilio cuarto de Cartago manda que el obispo ponga la Biblia en manos del lector en presencia del pueblo, diciéndole: *Recibid este libro y sed lector de la palabra de Dios: si*

*cumplis fielmente con vuestro empleo, tendreis parte con los que administran la palabra de Dios. Véase el Sacramentario de S. Gregorio, p. 233, y las Notas del Padre Menard, p. 274 y siguientes.*

Las personas de mas categoría tenían á mucho honor el desempeño de este oficio, testigo el emperador Juliano y su hermano Galo, quienes fueron ordenados en su juventud en la Iglesia de Nicomedia. En la Nov. 123 de Justiniano, se prohíbe tomar para *lectores* á los jóvenes que tuviesen menos de diez y ocho años; pero antes de este reglamento se habia visto que desempeñaban este empleo niños de siete y ocho años, á quienes sus padres destinaban voluntariamente á la Iglesia, para que por un estudio continuo se hicieran capaces de ejercer las funciones mas difíciles del santo ministerio.

Aparece del concilio de Calcedonia que habia en algunas iglesias un *architector*, como habia un archiacólito, un archidiacono, un archipresbítero, etc. El sétimo concilio general permite que los abades sacerdotes y benditos por el obispo impongan las manos á algunos para hacerlos *lectores*.

✠ **Lectoral.** Es el nombre de una dignidad en las iglesias catedrales cuyo establecimiento vamos á exponer, así como las cualidades, los derechos y los deberes del que la ejerce.

*LECTORAL, su origen y establecimiento.*

Distinguendo el oficio de preceptor del de *lectoral*, se cree hallar los vestigios mas antiguos de este último en el comentario de Balsamon que observa in c. 19, *concil. Trull.*, que entre los dignatarios de la Iglesia de Constantinopla habia uno que se llamaba el *doctor*, que tenia su asiento en la Iglesia cerca del patriarca; pero este autor no ha designado la época del establecimiento de este doctor. Otros buscan el origen de los *lectorales* en las antiguas escuelas de Alejandria.

Lo que hay de cierto es que la disciplina que consiste en afectar una prebenda en los cabildos para la subsistencia del *lectoral*, ha principiado en la Iglesia de Francia. Se citan diversos capitulares firmados por el segundo concilio de Chálons sobre el Saona en 813, y por los concilios de Meaux y de Lángres, en 845. El tercer concilio de Letran, bajo Alejandro III, y el cuarto bajo Inocencio III, adoptaron esta disciplina, é hicieron de ella un reglamento general que renovó el papa Honorio III. (*Tot. tit. de Magistris.*)

El cuarto concilio de Letran, *in c. Nonnulli eod.*, ordena el establecimiento de un maestro en cada iglesia catedral, y limita á las metrópolis el establecimiento de un *lectoral*, para enseñar á los sacerdotes la Sagrada Escritura, y principalmente lo que concierne al gobierno de las almas, con asignación de la renta de una prebenda, sin que por esto este *lectoral* sea canónigo.

El concilio de Basilea, sesión V, extendió este establecimiento á las catedrales, y ordenó que el *lectoral* fuese un canónigo, sacerdote, licenciado ó bachiller formado en teología.

En fin, el concilio de Trento, sesión XXV, capit. 4º del decreto de reforma, después de haber declarado atenerse á todas las constituciones precedentes de los soberanos pontífices y de los concilios aprobados, adhiriéndose á ellos con afección y añadiendo algo de nuevo, dice: «En las iglesias metropolitanas ó catedrales, si la ciudad es grande y populosa...., el santo concilio ordena que la primera prebenda que llegue á vacar, de cualquiera manera que sea, excepto por resignación, sea y permanezca realmente y de hecho, desde este momento y perpetuamente destinada y afectada á este empleo, con tal que esta prebenda no sea cargada con ninguna otra función incompatible con esta. Y en caso que en las dichas iglesias no hubiese prebenda ó ninguna al menos que fuese suficiente, el metropolitano mismo ó el obispo, con parecer del capítulo, proveerá á ella, de manera que sea dada lección de teología; ya por la asignación de la renta de algún beneficio simple libre de toda carga, ya por la contribución de los beneficiados de su ciudad ó de su diócesis, ya de cualquiera otra manera que se juzgase más cómoda, sin que por esto se omitan en manera alguna las demás lecciones ya establecidas por la costumbre ó de otro modo.»

El cuarto concilio de Letran, *in dict. cap. Nonnulli*, atribuye al metropolitano el derecho de elegir el *lectoral*; pero este oficio no estaba entonces como título. El concilio de Trento no ha determinado nada precisamente sobre esta cuestión; se refiere solamente una respuesta de la congregación del concilio, que ha declarado que la colación de la prebenda *lectoral* pertenece á los que pertenecía, de donde se concluyó que la elección del *lectoral* pertenece al obispo. (Fagnan, *in cap. Nonnulli, de Magistris, n. 38 et seq.; Mem. del Clero, tom. III, col. 1083.*)

La bula concedida para la nueva circunscripción de las diócesis establecidas en 1817,

manda que haya un *lectoral* en cada cabildo.

*Cualidades, deberes y derechos de los LECTORALES.*

Los concilios de Letran y de Trento no han determinado nada de una manera precisa sobre las cualidades del *lectoral*. Se concluyó solamente que los PP. del concilio de Trento han deseado que las funciones de este oficio fuesen ejercidas por un graduado ó por una persona de otra manera capaz. En Francia no se exige el grado.

Es una opinión común que los términos *theologus* y *magister*, que parece significar un doctor de teología, han sido empleados por Inocencio III, *in dict. cap. Nonnulli*, menos en sentido de los grados que de las funciones. (*Memorias del Clero, tom. III, col. 1083; tom. X, col. 216.*) Los mismos concilios limitan las funciones del *lectoral* á la explicación y á las lecciones de teología; pero el concilio de Basilea los somete á la obligación de residir, de predicar y de dar lecciones dos veces ó al menos una, durante la semana. Barbosa dice que en orden al tiempo, á la hora y materia de las lecciones de teología, pertenece al obispo hacer el reglamento; que el *lectoral* tiene tres meses de vacaciones, julio, agosto y setiembre, y que durante las lecciones, es considerado como presente en el coro para los frutos y distribuciones.

El *lectoral* debe ser sacerdote, por la naturaleza misma de sus funciones.

**Lecturas de Boyle.** Discursos públicos fundados en Inglaterra por Roberto Boyle el año 1691, con el objeto de probar la religión cristiana contra los infieles ó incrédulos, y responder á sus argumentos, sin entrar en ninguna de las controversias y disputas que dividen á los cristianos. Estos discursos fueron extractados y redactados en inglés en tres tomos en folio, y traducidos al francés con el título de *Defensa de la religión así natural como revelada, etc.*, en seis tomos en 12º.

Es sensible sin duda que fuese necesario en Inglaterra una fundación semejante, y que nuestra nación se viese en la necesidad de recibir remedios contra el pestífero vapor de la incredulidad que se nos había comunicado por los ingleses. Pero no por eso debemos dejar de ser reconocidos á los que trabajaron en curar esta enfermedad y detener sus progresos. Si los incrédulos franceses hubieran sido tan exactos en leer lo que escribieron nuestros vecinos en favor de la religión,

como lo que escribieron contra ella, acaso se hubieran avergonzado de copiar las imposturas y los sofismas que habían sido ya completamente refutados en la misma lengua en que habían aparecido, y hubieran sido menos osados en vendernos como nuevas unas objeciones que ya conocían todos los teólogos ilustrados.

Para conocer á los escritores ingleses que atacaron la religión, y los que la defendieron, es preciso consultar la obra de Juan Leland titulada: *Views of the Deistical Writers, etc.*, ó *Cuadro de los escritores que profesaron el deísmo en Inglaterra*, tres tomos en 8º. Este autor da una noticia exacta de sus libros y de los que se compusieron contra ellos: los extracta, y expone los principios y las paradojas de los incrédulos, refutándolos compendiosamente. Las más de las refutaciones que nos dió á conocer fueron traducidas al francés, y lo hubiera sido también la obra de que hablamos, si tuviese más orden y más método; pero para eso sería preciso refundirla de nuevo.

En este combate es preciso que quede la victoria por los apologistas del cristianismo; porque sus enemigos se redujeron al silencio, y no se atreven á replicar. No es por temor, porque la libertad de la prensa se observa exactamente en Inglaterra, sino por impotencia. Lo mismo sucederá con los que gritan entre nosotros, y se adquieren una reputación copiando servilmente á los ingleses: la publicación de sus plagios bastará para cubrirlos de confusión y oprobio. V. INCRÉDULOS.

**Legendario.** Escritor de leyendas ó vidas de santos. El primer *legendario* griego que se conoce es Simeon Metafrasto, que vivió en el siglo X, y el primer *legendario* latino es Jacobo de Varase, más conocido con el nombre de Jacobo de Voragine, que murió arzobispo de Génova en 1298 de edad de noventa y seis años.

La vida de los santos por Metafrasto para cada día del mes de todo el año no es una ficción de su cerebro, como pretenden algunos críticos de poca instrucción; este autor tenía á la vista monumentos que ya no subsisten; pero no se contentó con referir fielmente los hechos, sino que quiso engalanarlos y embellecerlos. De la verdad de este hecho se podrá convencer el que compare las actas originales del martirio de S. Ignacio, y algunos otros con la paráfrasis que en ella introduce Metafrasto.

Jacobo de Varase es autor de la famosa *Leyenda dorada*, que fué recibida con tanto

aplauso en los siglos de ignorancia, al paso que desechada luego que apareció el renacimiento de las letras. Véase lo que de ella piensan Melchor Cano, *De locis theolog.*, Wicelio y Baillet.

Las obras de Metafrasto y de Varase, no solamente pecan en la invención, en la crítica y en el discernimiento, sino que están llenas de cuentos ridículos y pueriles. Algunos otros escritores los imitaron en la edad media, y en verdad que no anduvieron más juiciosos. Cualesquiera que fuesen sus motivos, son inexcusables: la religión no aprueba la mentira de ninguna especie; una piedad fundada en fábulas no puede ser sólida. Los santos PP. reprueban formalmente todos los fraudes piadosos, y todas las ficciones que se hacen con el objeto de conformarse con el mal gusto de los lectores. Pero en los siglos de tinieblas no se leían los santos PP., y estaban olvidadas sus lecciones.

Aunque el desprecio de estos *legendarios* fuese bien fundado, no por eso dejó de producir funestas consecuencias. En fuerza de refutar documentos falsos, se contrajo el gusto á una crítica melancólica y quisquillosa, osada y frecuentemente temeraria, que rehusó todo crédito á unas actas cuya autenticidad y verdad fueron después reconocidas y probadas. Los protestantes dieron singularmente en este exceso, y no pudieron preservarse de él en un todo algunos de nuestros escritores. V. CRÍTICA.

**Legion fulminante.** Leemos en Eusebio, *Hist. ecles., lib. 5, c. 5*, y en otros escritores eclesiásticos, que Marco Aurelio, en una guerra contra los cuados que habitaban el otro lado del Danubio, se vió de golpe cercado con su ejército por estos bárbaros; que sus soldados, transidos de hambre, de sed y de fatiga, iban á sucumbir, ó hubieran perecido, cuando se formó y vino á descargar una gran tempestad, cuya lluvia apagó la sed de los romanos, y lanzó rayos sobre el ejército enemigo. Estos mismos autores añaden que este prodigio fué efecto de las oraciones de los soldados cristianos: esto lo asegura Marco Aurelio en la carta que escribe al senado, y en testimonio de la verdad del hecho, á esta *legion* melitina, compuesta de soldados cristianos, le dió el nombre de la *legion fulminante* ó radiante.

Lo mismo refieren en cuanto á la sustancia san Apolinario, autor contemporáneo, Tertuliano, S. Jerónimo y S. Gregorio de Nisa, escritores cristianos, y Dion Casio, Julio Capitolino, el poeta Claudio, Temistio y otros autores paganos. Asegúrase y se comprueba